

Opciones políticas en una primavera cubana

Profesor Gregory Weeks y
Erin Fiorey

DESPUÉS DE MÁS de veinte años de la caída de la Unión Soviética y más de 50 de la revolución cubana, el Gobierno de Cuba sigue siendo un terco recordatorio de que no todos los conflictos de la guerra fría han terminado. Mientras el mundo presencia los cambios políticos históricos en el Medio Oriente, Cuba sigue siendo gobernada por los mismos dos hombres que han gobernado desde la administración de Dwight D. Eisenhower. Mientras tanto, las políticas de Estados Unidos apenas han evolucionado en ese mismo lapso de tiempo.

El profundo antagonismo que hay entre Cuba y Estados Unidos ha dejado calcificadas las opciones políticas. La política oficial de Estados Unidos es que el Gobierno de Cuba es ilegítimo y debe ser removido del poder. Sin embargo, ha quedado claro que Estados Unidos cuenta con muy poca influencia y, por lo tanto, responderá a la transición en Cuba cuando ocurra en lugar de actuar como una fuerza impulsora del cambio político. Cómo hacerlo de la manera más eficaz posible es una pregunta abierta. El propósito del presente artículo es examinar la evolución de la política de Estados Unidos con Cuba y ofrecer algunas recomendaciones políticas en la eventualidad de una primavera cubana, usando la primavera árabe como un reciente ejemplo de comparación.

Antecedentes históricos

La historia política cubana del pasado siglo está estrechamente ligada a la de Estados Unidos. Según lo expresó un erudito, “Estados Unidos y Cuba jamás han mantenido relaciones normales”.¹ El “cambio de régimen” incluso fue codificado en la constitución cubana desde 1901 hasta 1934 a

través de la Enmienda Platt. La tercera parte de la enmienda claramente estipula el siguiente punto:

Que el Gobierno de Cuba acuerda que Estados Unidos puede ejercer el derecho de intervención para la preservación de la independencia cubana, el mantenimiento de un Gobierno adecuado para la protección de vidas, propiedad y libertad individual.²

Estados Unidos intervino en más de una ocasión y la presencia de buques de guerra e infantes de marina estadounidenses en la isla era algo común. El Senador Platt escribió confiadamente que “Estados Unidos, bajo la así llamada Enmienda Platt, siempre estaría en una posición de enderezar las cosas si las mismas se tornaban muy malas”.³ Según señala un prominente historiador de Cuba, en Estados Unidos, Cuba fue percibida por los medios de comunicación y los políticos, como un niño incapaz de tomar sus propias decisiones de manera competente.⁴ La política del buen vecino del presidente Roosevelt, anunciada en 1933, marcó el fin de la era de la administración estadounidense, pero no de la intervención.

En parte, debido a esta relación asimétrica, se inició y creció la revolución cubana. Fidel Castro nació durante la ocupación y se hizo políticamente prominente, cuando Estados Unidos consideró al dictador Fulgencio Batista como el gran defensor de la estabilidad en la isla. La desconfianza de Castro hacia Estados Unidos confundió a Eisenhower, quien le dijo a un periodista: “Cuando se metieron en problemas, alrededor de 1908, nos solicitaron ayuda y, nuevamente, los pusimos de pie y los dejamos en libertad”.⁵ El hecho de que los cubanos no necesariamente agradecieron un cambio de régimen liderado por extranjeros, pasó por la mente de unos cuantos.

Gregory Weeks es profesor adjunto de Ciencias Políticas y Director de Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Carolina del Norte en Charlotte. Cuenta a su haber con un Doctorado de la Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill.

Erin Fiorey es aspirante de Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Carolina del Norte en Charlotte. Cuenta a su haber con una Licenciatura de la Universidad Wake Forest.

A fin de lograr el éxito después de que los hermanos Castro finalmente dejen el poder, la política de Estados Unidos siempre debe tener presente la resistencia del pueblo cubano ante la manipulación extranjera, o incluso, hasta la apariencia de la misma.

Una doble política para aislar a Cuba

El cambio de política que comenzó poco después de la revolución es, por supuesto, bien conocido. Las sanciones económicas implementadas en 1960 (y extendidas en 1962), la crisis de los misiles en Cuba, la fallida invasión de la Playa Girón en 1962 e incluso, los complots de asesinato son todos parte del registro histórico de la política de EUA con Cuba. Si se consideran en su conjunto, constituyen un esfuerzo para aislar al gobierno de Castro tanto política como económicamente con la meta final de un cambio de régimen. Esa meta política, bastante evidente, jamás ha sido lograda. Por el contrario, el régimen ha consolidado su postura.

A fin de promover ese objetivo de presionar al régimen cubano, en 1982, el Departamento de Estado de EUA designó a Cuba como un “patrocinador estatal del terrorismo”, una designación que permanece en vigor hasta el día de hoy. Cualquier país que se encuentra en la lista ha “repetidamente proporcionado apoyo a los actos de terrorismo

internacional”. El informe más reciente publicado a finales de 2011 y menos afirmativo que los informes publicados por el Departamento de Estado en la guerra fría, sostuvo lo siguiente:

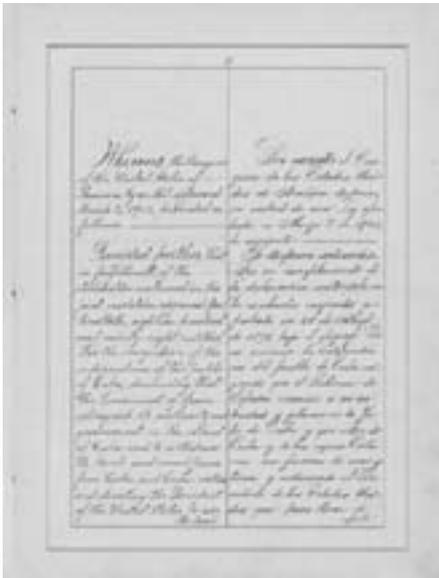
El Gobierno de Cuba mantuvo una postura pública contra del terrorismo y el financiamiento de terroristas en 2010 y aunque no se encontró prueba alguna de mantener relaciones con elementos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), los recientes informes de Prensa indican que algunos actuales y ex integrantes del grupo Patria y Libertad Vasco (*Euskadi Ta Askatasuna*, o ETA) continúan residiendo en Cuba”.⁶

El claro resultado de la designación es aislar al país mediante el bloqueo de asistencia económica, ventas de armas y la imposición de distintas restricciones económicas. En todo caso, el fin de la guerra fría sirvió para reforzar la política de Estados Unidos. Los atentados y operaciones encubiertas se consideraban tabú pero la evaluación general era que el régimen estaba al borde del colapso, por lo tanto, otras restricciones apresurarían ese resultado. La ley de Democracia Cubana de 1992 afirmó que la política de Estados Unidos era “buscar una transición pacífica a la democracia y la reanudación del crecimiento económico en Cuba mediante una cuidadosa implementación de sanciones contra el gobierno de Castro y brindarle apoyo al pueblo cubano”.⁷ Esto implicó fortalecer el embargo de bienes mediante la

penalización de las subsidiarias extranjeras de empresas estadounidenses que hicieron negocios en Cuba, al igual que la restricciones de viajes y remesas. En la misma se destacó que no se levantarían las sanciones hasta tanto se celebraran elecciones libres. La ley fue enmarcada en términos tanto de los derechos humanos como de la seguridad nacional, debido a las “actividades subversivas”.



Vestida de blanco y solo armada con un iris y una fotografía de sus seres queridos, la Asociación de las Damas de Blanco en Cuba marchan en protesta por la detención de disidentes.



La Enmienda Platt de 1901

En la Enmienda Platt se estipulaban las condiciones para la retirada de las tropas estadounidenses que permanecían en Cuba a finales de la guerra hispano-estadounidense y definió los términos de las relaciones de Cuba y Estados Unidos hasta que se firmó el Tratado de Relaciones de 1934.

El Gobierno de Estados Unidos ya no considera a Cuba un elemento central para su seguridad nacional, pero, hasta cierto grado, siempre está presente. En versiones sucesivas de la *Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos de América*, de una manera u otra, se ha tocado el tema de Cuba después de la guerra fría, señalando que era la única dictadura que quedaba en la región. Las preocupaciones con los despliegues de tropas cubanas en el extranjero —un constante problema en la guerra fría— se desvanecieron, dando cabida a un énfasis en el fomento de la democracia. En 1998, el documento reforzó la idea de que Estados Unidos “sigue comprometido con la promoción de una transición pacífica para la democracia en Cuba”. Las Estrategias de Seguridad Nacional de 1990, 1995, 1998, 2002 y 2006 muestran patrones similares en términos de sintaxis y temas. Por ejemplo, cada año ofrece oportunidades “sin precedentes” o “incomparables” para que Estados Unidos ejerza su poder e influencia en el escenario mundial, así como para el crecimiento de la democracia.

Estados Unidos ejerció presión económica sobre el Gobierno de Cuba para promulgar reformas mientras financiaba organizaciones opositoras en la sociedad civil e incrementaba la

ayuda humanitaria. El tema de Cuba se desvaneció aún más del radar de seguridad nacional después del 11-S cuando Estados Unidos redirigió firmemente su enfoque hacia el Medio Oriente. En ese momento, Cuba no tenía una real presencia global y, por lo tanto, era principalmente un tema significativo por razones humanitarias.

El mayor cambio en la estrategia se dio en 2010, con énfasis en los esfuerzos nacionales de seguridad e iniciativas para influir en los acontecimientos internacionales y en el desarrollo económico en lugar del desarrollo democrático. El documento de Estrategia de Seguridad Nacional de ese año se centró en racionalizar y maximizar la eficacia de las instituciones estadounidenses, incluyendo el despliegue militar. El tema en cuanto a fomentar la democracia en todo el mundo, tan prominente en todos los documentos de años anteriores, solo aparece brevemente. De hecho, el nuevo énfasis fue que “estamos promoviendo los valores universales en el extranjero al vivirlos aquí en Estados Unidos y no pretenderemos imponer los mismos en el extranjero mediante el uso de la fuerza”.⁸

En la *Estrategia de Seguridad Nacional* de 2010 se citaron pocos ejemplos específicos de por qué el desarrollo democrático ha tenido éxito o se ha estancado y, sencillamente, se declaró que, “Incluso donde algunos gobiernos han adoptado procesos democráticos, los gobernantes autoritarios han socavado los procesos electorales y limitado el espacio para la oposición y la sociedad civil”. Además, omitió el imperativo o “responsabilidad” de Estados Unidos para “oponerse a aquellos que pondrían en peligro la supervivencia o el bienestar de sus pacíficos vecinos”, usó un lenguaje mucho menos inflamatorio e hizo más referencias a las organizaciones internacionales para la resolución de conflictos en las que participa Estados Unidos. Estos cambios, solo unos pocos entre muchos otros en el informe de 2010, revelaron un cambio —aunque limitado— así como estrategias permisibles de seguridad nacional. Desde esta perspectiva, Cuba necesita cambiar, pero ese cambio no será forzado.

En un informe publicado en 2008 por el Servicio de Investigación del Congreso se resumió la política de EUA como “una doble política para aislar a Cuba”. Esta doble política

fue las sanciones económicas y los esfuerzos para facilitar una sociedad civil en Cuba, que podía convertirse en una oposición política más activa. En el informe se señala correctamente que la ley de Libertad y Solidaridad Democrática Cubana de 1996 (la ley Helms-Burton) limita la reacción a cualquier transición política en Cuba. Con una lógica parecida a la ley de Democracia Cubana, la ley pretendía poner la mayor presión posible al embargo, para expulsar a los Castros del gobierno.

Proporcionar un marco conceptual político

La futura respuesta de EUA para la transición política en Cuba debe seguir una engorrosa secuencia. En la Sección 203 de la ley Helms-Burton se requiere que el Presidente nombre a un funcionario de coordinación, una vez que el gobierno de transición esté en el poder. De ahí, dicho funcionario, debe establecer y convocar un consejo de Estados Unidos-Cuba. Por último, el Presidente debe emitir un informe a los comités del Congreso correspondientes, a más tardar 15 días después de haber tomado la determinación de un gobierno de transición. En la práctica, esto significa que la influencia sobre la política de EUA con Cuba ha sido transferida al Congreso, el cual debe aprobar la acción del Presidente. Uno de los propósitos estipulados en la ley es “generar un marco conceptual político para que Estados Unidos proporcione apoyo al pueblo cubano en respuesta a la formación de un gobierno de transición o un gobierno democráticamente electo en Cuba”.⁹ Esto será un proyecto conjunto entre el Presidente y el Congreso y, a menos que el Congreso proclame que el gobierno de transición es democrático, el Presidente no podrá actuar libremente.

La administración de George W. Bush añadió dos niveles de complejidad. Su Comisión de Apoyo a una Cuba Libre, presidida por el ex General Colin Powell, emitió un informe en 2004. El General Powell señaló en el prefacio que uno de los propósitos de la comisión era encontrar maneras de “acelerar” la transición cubana y, luego, trabajar con el gobierno de transición.¹⁰ Con referencia principalmente a la ley Helms-Burton, en el informe se observa que “el informe podría incluir recomendaciones para ayudar a una Cuba libre que pudieran ser prohibidas o

limitadas por leyes vigentes estadounidenses”. Sus esenciales recomendaciones fueron las de continuar aislando a Cuba para socavar el proceso de sucesión, financiar la oposición cubana, restringir los viajes de ciudadanos estadounidenses a la isla y destacar los abusos del régimen. En el informe se recomendó un rol activo por parte de las Fuerzas Armadas de EUA en la modernización y profesionalización de las fuerzas armadas cubanas después de la transición.

La administración de Obama efectuó pequeños cambios a la política con Cuba en 2009 con la esperanza de llegar al pueblo cubano, permitiendo más visitas de familiares, remesas y donaciones humanitarias así como la apertura de más enlaces de telecomunicaciones en la isla. En 2011, el presidente Obama hizo aún más concesiones en cuanto a “los viajes por razones determinadas” como parte de una política de “llegar al pueblo cubano”.¹¹ Sin embargo, el cambio no fue dramático ni drásticamente diferente a los cambios del pasado. No obstante, según lo señalado, la administración de Obama se alejó de la retórica de “acelerar” la transición o la intervención. Por consiguiente, el informe del Comité de asistencia para una Cuba libre, el cual no tiene ningún estatus legal, probablemente no será inmediatamente observado de producirse una transición mientras el presidente Obama ocupe la Casa Blanca. De hecho, en la *Revisión Cuadrienal de Diplomacia y Desarrollo* del Departamento de Estado se le resta importancia al desarrollo de naciones y se centra más en la canalización de recursos a través de distintos gobiernos para generar el desarrollo económico.¹²

En vista de que el gobierno de Castro se ha convertido en una dictadura profundamente arraigada, las señales de una “primavera cubana” han sido menos y más distantes. Periódicamente, han surgido movimientos organizados pero no han producido protestas generalizadas y los manifestantes son hostigados y estrictamente vigilados por el gobierno. Sin embargo, especialmente dado el cambio demográfico, algún tipo de transformación política es muy probable. Un creciente número de cubanos nacieron después de la revolución y —si ya no han emigrado— no se sienten necesariamente comprometidos ideológicamente a la misma. Esto no es diferente a la primavera árabe. Cuando Fidel Castro se

enfermó en 2006, rápidamente corrieron inexactos rumores de su inminente muerte. Un cambio de régimen, de una u otra forma es inevitable, aunque su naturaleza exacta es imposible de prever.

El dominio de los sultanes está llegando a su fin

Si bien tiene raíces en las manifestaciones del movimiento verde iraní de 2009, la llamada “primavera árabe” comenzó en diciembre de 2010, cuando un hombre se inmoló públicamente en protesta a la brutalidad policial en Túnez. Las manifestaciones de gran escala en Túnez llevaron al derrocamiento del Presidente al siguiente mes. Por medio del uso de tecnología y medios de comunicación social, el ejemplo se propagó por todo el Medio Oriente en una lucha contra gobiernos tipo sultán, controlados por un pequeño grupo de gobernantes que fusionan al sector público con el privado, al estado y al gobernante como uno solo, sin tener que rendir cuentas. Según lo expresó el erudito Jack Goldstone, “El dominio de los sultanes está llegando a su fin”.¹³ Una característica esencial de todas las manifestaciones es que, si bien pudieron ser inspiradas por los acontecimientos en el extranjero, todas fueron fundamentalmente de naturaleza interna. De hecho, la vitalidad de los movimientos dependió, en gran medida, de este hecho.

Las fuentes de la disidencia interna fueron numerosas. Un gobierno autoritario, corrupción, desempleo y disparidades económicas junto con un cambio demográfico que creó una multitud de jóvenes descontentos. Ya no tan estrechamente vinculados a las condiciones sociopolíticas —más notablemente la Guerra Fría— que ayudó a instalar las dictaduras en primer lugar, los jóvenes exigieron cambios. Sin embargo, enfrentaron viejas dictaduras que no estaban acostumbradas a permitir más que la oposición simbólica.

A medida que crecieron y se enfrentaron —a veces muy violentamente— con sus gobiernos, estos movimientos recibieron apoyo moral y material del extranjero. Con respecto a Estados Unidos, la naturaleza de esta respuesta ha variado considerablemente, desde el apoyo de una misión de la OTAN en Libia al cese de apoyo explícito

y de material para Hosni Mubarak en Egipto. Dadas las distintas y muy fluidas circunstancias, no hay un modelo de política estricto a seguir. En un discurso de 2011, el presidente Obama se refirió a la primavera árabe en términos que evocaron años de política de EUA con Cuba, donde Estados Unidos promovía la reforma y transición democrática, incluso, en países donde las transiciones no habían tenido lugar. Sin embargo, al mismo tiempo, “era el mismo pueblo que, en última instancia, debía decidir su destino”.¹⁴ Esta postura concuerda con la *Estrategia de Seguridad Nacional* de 2010.

Hasta la fecha, el cambio de régimen se ha producido en cuatro países: Egipto, Libia, Túnez y Yemen. Mientras tanto, el conflicto político ha consumido a Siria y Bahrein e incluso, puede surgir en otros lugares. Los regímenes que solo hace muy poco tiempo fueron considerados sumamente sólidos, se derrumbaron en cuestión de semanas. Estados Unidos ha logrado establecer relaciones positivas, aunque cautelosas, con los gobiernos de transición. Esto se ha debido, en gran parte, a la respuesta política medida. Tirarse de cabeza en una guerra civil es algo decididamente arriesgado.

Si bien, estos procesos políticos continúan cambiando y los resultados son inciertos, hay lecciones que proveen una mejor comprensión de la situación cubana y el rol que juega Estados Unidos para contribuir a la democratización en Cuba. Los sultanes también controlan el régimen cubano y hay poca diferencia entre el Estado y los Castro. Si se produce una transición, sin duda alguna, habrá similares características económicas y demográficas.

Al mismo tiempo, debemos darnos cuenta de las significativas diferencias. Un factor crítico es el activismo político de la comunidad cubana-americana en Estados Unidos, sin paralelo para los países afectados por la primavera árabe. Estrechamente vinculado a eso se encuentra la geografía. Ciertamente, el conflicto en el Medio Oriente afecta a Estados Unidos, pero con Cuba, el impacto es inmediato en la forma de refugiados. Esta posibilidad fue planteada en la *Estrategia de Seguridad Nacional* de 1998 y permanece en las mentes de los legisladores. Sin embargo, podemos establecer algunos parámetros de política.

El dinero de Estados Unidos no va a decidir el cambio en Cuba

¿Cómo sería una transición cubana? ¿Por qué comenzaría? Nadie previó la primavera árabe y en lo que respecta a Cuba los muchos posibles cambios van más allá del alcance de este artículo. La opositora cubana Yoani Sánchez, en su blog escribe que los cubanos consideran la transición como si fuera un edificio en ruinas en La Habana: “Los huracanes ni las lluvias han podido echarlo abajo, pero un día alguien intenta cambiar la cerradura de la puerta principal y todo el edificio se derrumba.”¹⁵ En todo caso, dada la naturaleza hermética del régimen y su fuerte resistencia contra la influencia estadounidense, es improbable que Estados Unidos tenga alguna influencia sobre su comienzo.

Según sostiene el prominente disidente cubano Oswaldo Payá, “Se habla del dinero de Estados Unidos para la sociedad civil... el dinero de los Estados Unidos no va a decidir el cambio en Cuba”.¹⁶ Es un argumento que ha expresado varias veces. De darse una primavera cubana, su surgimiento y éxito final dependerán de sus recursos internos. De hecho, esto hace eco de la postura política de la administración de Obama. Según lo expresó la Secretaria de Estado Hillary Clinton en 2011, “Estas revoluciones no son nuestras. No están coordinadas por nosotros, para nosotros ni contra nosotros, pero sí jugamos un rol. Contamos con los recursos, capacidades y experiencia para apoyar a los que buscan la paz y significativas reformas democráticas”.¹⁷ Incluso, el Cardenal católico en Cuba, Jaime

Ortega, ha advertido contra “un tipo de subcultura estadounidense que lo invade todo”.¹⁸ No solo se refería a la cultura, sino también a la política.

Lo que inspira cautela es un aumento en el riesgo a las repercusiones negativas, si Estados Unidos se involucra de una manera demasiado enérgica. Estados Unidos encaró un dilema similar en las transiciones del Medio Oriente durante la primavera árabe. La percepción generalizada de que Estados Unidos intenta dirigir los acontecimientos, inspira la desconfianza y provee un soporte a las fuerzas pro-regímenes o, como mínimo, pone a la defensiva a los líderes que, de otra manera, podrían aceptar la asistencia de Estados Unidos. Esto se conoce comúnmente como “consecuencias negativas” (*blowback*) y, a largo plazo, puede reducir, considerablemente, la influencia de Estados Unidos.

Sin embargo, una vez que se ponga en marcha la transición política, Estados Unidos tendrá que responder, especialmente, dada la inmediatez geográfica de Cuba y los lazos políticos de la comunidad cubana-americana. Estados Unidos debe responder de manera constructiva para evitar continuar con el hábito de “rechazar la mayoría de las herramientas de interacción diplomática”, como se señaló en un informe del Senado de EUA en 2009.¹⁹ En el informe también se señaló que cualquier gobierno de transición o movimiento de la oposición que intente convertirse en un gobierno, no será una tabula rasa. Incluso, si guardan una postura más positiva hacia Estados Unidos que los Castro, los dirigentes del movimiento también se sumergirán en la historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos; es decir, sumergidos en los esfuerzos de EUA de ejercer el control político. En 2009, en sus comentarios ante el Congreso de EUA, el ex Comandante del Comando Sur de EUA, el General retirado Barry McCaffrey declaró, “Sin duda alguna, no tenemos influencia”.²⁰ Ganar influencia no es una tarea fácil y no podemos ganarla de la noche a la mañana.

Las respuestas políticas

Si reunimos las lecciones de la historia sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos y la experiencia inicial de la primavera árabe, entonces podemos ofrecer algunas recomendaciones informadas basadas en las sensibilidades cubanas



Orlando Luis Pardo Lazo

La renombrada internacionalmente bloguera de la Generación Y, Yoani Sánchez, la Habana, Cuba, 2011.



El barco hospital USNS Comfort (T-AH 20) pasa por la ruta de la estatua de la Libertad en dirección a Manhattan para prestar asistencia a las víctimas del ataque terrorista en el Centro de Comercio Mundial el 11-S en Nueva York, 15 de septiembre de 2001.

con respecto a la soberanía de su país, las inherentes dificultades de una acción unilateral y el delicado equilibrio entre la formulación de políticas legislativas y ejecutivas.

En primer lugar, el apoyo de material por parte de Estados Unidos debe darse a petición del gobierno de transición. Una acción prematura realmente puede socavar las manifestaciones, permitiendo que el régimen la redefina como una estrategia estadounidense para ejercer una influencia indebida. Incluso, prominentes integrantes de la oposición cubana expresan sus inquietudes al respecto. La ayuda puede ser útil, pero fácilmente también puede resultar contraproducente. Esto es una realidad en todas las fases de la transición.

La Comisión de Asistencia a una Cuba Libre abogó por la acción inmediata y de amplio alcance, pero incluso, la oposición estaría pendiente de las acciones de su vecino septentrional. Actuar precipitadamente obligaría a un posible grupo amigo a asumir una postura nacionalista. Eso complicaría los cálculos políticos internos de Estados Unidos e, incluso, podría reducir la velocidad de la misma transición.

En segundo lugar, Estados Unidos debe participar con otros países latinoamericanos para facilitar una transición tan pacífica y autónoma como sea posible en Cuba. Esto no necesariamente será un proceso libre de dificultades; enfrentará múltiples desafíos. Como es en el Medio Oriente, una respuesta multilateral aumentará la legitimidad interna e

internacional del gobierno de transición y de los subsiguientes gobiernos. Esto no significa que Estados Unidos “lidera por detrás”, sino más bien que EUA evita las respuestas unilaterales. Específicamente, la ayuda económica y la reducción de la deuda externa serán importantes para el nuevo gobierno.

Un enfoque multilateral supondrá una respuesta más lenta que una metodología unilateral. Sin embargo, aumentará las posibilidades de que el nuevo gobierno pueda normalizar las relaciones con Estados Unidos. También será difícil, por lo menos al principio, ya que cinco décadas de una política de embargo han dejado a Estados Unidos aislado, tanto de la región como del mundo.

En tercer lugar, no se recomienda el uso de tropas estadounidenses. Dada la historia de una fuerte preferencia de los gobiernos latinoamericanos por la no intervención, a diferencia del Medio Oriente, es muy improbable que surja el apoyo regional para el uso de la fuerza de cualquier forma —la historia de las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica está en contra de una acción unilateral. Casi indudablemente sería considerada ilegítima. Esta recomendación es coherente con el cambio de política destacado en la *Estrategia de Seguridad Nacional* de 2010.

En toda Latinoamérica, el uso de fuerza se considera casi algo completamente negativo. La región no solo disfruta de una de las tasas más bajas de guerra interestatal en el mundo, sino que también hay muchos ejemplos de la

intervención unilateral de Estados Unidos que han sido vistos desfavorablemente.

En cuarto lugar, el poder basado en influencias intangibles (*soft power*) es importante. Según argumenta Joseph Nye, el *soft power* “es la capacidad de obtener los resultados deseados a través de la atracción en lugar de la coerción o del dinero”.²¹ Agrega que la “atracción puede tornarse en repulsión si actuamos de manera arrogante y destruimos el verdadero mensaje de nuestros valores más profundos”. La importancia del *soft power* también ha sido citada en referencia a la primavera árabe. Además, debe señalarse que el *soft power* puede incluir a las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, pero no en el sentido de combate o de adiestramiento. En su libro, el Almirante James Stavridis afirma que las misiones médicas, más específicamente las actividades del barco hospital *USNS Comfort*, han demostrado ser muy eficaces para fomentar una imagen positiva de Estados Unidos.²²

Desde el fin de la guerra fría, Estados Unidos usualmente se ha centrado más en proporcionar dinero a la sociedad civil, aunque ha habido esfuerzos humanitarios periódicos. Sin embargo, tal como previamente se ha mencionado, el dinero en sí, no solo es insuficiente sino más bien contraproducente, si la transacción se ejecuta de manera deficiente. Idealmente, el *soft power* no tiene ataduras y simplemente se

convierte en una demostración concreta de la buena voluntad que supera la retórica.

Conclusiones

La historia de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos y las experiencias de la primavera árabe, proporcionan un contexto útil para identificar las óptimas respuestas políticas para una eventual transición política en Cuba. Hay una línea muy fina entre la cautela y la pasividad, pero en esta línea es sobre la que Estados Unidos debe saber caminar. Habrá fuerte resistencia a una presencia extranjera y es muy real la posibilidad de retroceder en los adelantos logrados. Estados Unidos puede y debe jugar un rol en la democratización cubana, pero no debe crearla.

La política de Estados Unidos con Cuba ha sido extraordinariamente consistente durante décadas, pero jamás ha logrado sus metas declaradas, es decir, el cambio de régimen y la democratización. No hay manera de predecir cuándo ocurrirá una apertura política y es sumamente improbable que Estados Unidos sea el motor del cambio, pero hemos presentado las maneras óptimas de tratar el cambio de régimen cuando ocurra. Las respuestas más eficaces serán las constructivas, medidas y multilaterales, pero activas. Estos no son los términos usualmente asociados con la política estadounidense con Cuba, sin embargo, son fundamentales en una nueva relación pos-Castro. **MR**

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Pérez-Stable, Marifeli, *The United States and Cuba: Intimate Enemies* (Nueva York: Routledge, 2011), p. 1.
2. Holden, Robert H. y Zolov, Eric, *Latin America and the United States: A Documentary History* (Nueva York: Oxford University Press, 2011), p. 83.
3. Schoultz, Lars, *That Infernal Little Cuban Republic: The United States and the Cuban Revolution* (Chapel Hill, Carolina del Norte: The University of North Carolina Press, 2009), págs. 24-25.
4. Pérez, hijo, Louis A., *Cuba in the American Imagination* (Chapel Hill, Carolina del Norte: The University of North Carolina Press, 2008).
5. Shoultz, p. 129.
6. Véase <http://www.state.gov/j/ct/rls/crt/2010/170260.htm>.
7. Véase http://www.state.gov/www/regions/wha/cuba/democr_act_1992.html, para el texto de la ley.
8. Véase http://www.whitehouse.gov/sites/default/files/rss_viewer/national_security_strategy.pdf.
9. Véase <http://thomas.loc.gov/cgi-bin/query/F?c104:1:./temp/~c104FmzEdw:e12706>, para el texto de la ley.
10. Véase http://pdf.usaid.gov/pdf_docs/PCAAB192.pdf, para el texto completo del informe.
11. Véase <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/01/14/reaching-out-cuban-people>.
12. Véase <http://www.state.gov/documents/organization/153108.pdf>, para el texto completo.
13. Goldstone, Jack A., “Understanding the Revolutions of 2011.”

Foreign Affairs 90, 3 (mayo/junio de 2011): págs. 8-16.

14. <http://www.whitehouse.gov/the-press-office/2011/05/19/remarks-president-middle-east-and-north-africa>.

15. Sánchez, Yoani, “Country for Old Men,” *Foreign Policy* (noviembre de 2011): p. 37.

16. Véase <http://www.libertadsindical.com/entrevista-con-oswaldopaya/>.

17. Véase <http://www.state.gov/secretary/rm/2011/11/176750.htm>.

18. Haven, Paul, “As Pope Visit Nears, Spotlight on Cuba’s Cardinal,” *The Boston Globe*, 18 de febrero de 2012, http://www.boston.com/news/world/latinamerica/articles/2012/02/18/as_pope_visit_nears_spotlight_on_cubas_cardinal/.

19. *Changing Cuba Policy—In the United States National Interest. Staff Trip Report to the Committee of Foreign Relations, United States Senate*, 23 de febrero de 2009, p. 2

20. *National Security Implications of U.S. Policy Toward Cuba, Hearing Before the Subcommittee on National Security and Foreign Affairs of the Committee on Oversight and Government Reform*, Cámara de Representantes de EUA, 111º Congreso, Primera Sesión, 29 de abril de, Nro. 111-121, p. 16.

21. Nye, Joseph, *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (Nueva York: Public Affairs, 2004), x.

22. James Stavridis, *Partnership for the Americas: Western Hemisphere Strategy and U.S. Southern Command* (Washington, DC: National Defense University Press, 2010).